

Los otros afectados: cultura y patrimonio

Un vistazo al pasado y al futuro afectados en la guerra



Responde Arturo Martín Mac Kay Fulle
Profesor de Arte y Cultura y Globalización y Realidad Nacional
Programa de Estudios Generales de la Universidad de Lima

¿Hay patrimonio cultural de la humanidad que esté en riesgo de ser dañado o perdido a causa de este conflicto?

El actual conflicto entre Rusia y Ucrania ha puesto en peligro gran cantidad de monumentos históricos, siete de ellos están incluidos en la lista de patrimonio de la humanidad de la Unesco y, de estos, cinco son edificaciones con un gran valor tanto artístico como histórico. Pese a que muchos de nosotros recién escuchamos el nombre de Ucrania a causa de la guerra, este país tiene una larga y compleja historia, la cual se remonta a tiempos precristianos. La estepa ucraniana y las costas del Mar Negro fueron tanto hogar como lugar de paso de grandes civilizaciones que aprovecharon tanto la fertilidad de esas tierras, fuentes de cereales como el trigo y la cebada, así como la ubicación estratégica de su territorio, que conforma uno de los pasos más directos para el comercio, así como para los ejércitos, entre el

centro del continente asiático y el este europeo.

Escitas y sármatas, dos pueblos esteparios de origen iranio, así como griegos y luego romanos habitaron el sur del país y dejaron impresionantes testimonios arqueológicos. Ambas civilizaciones enterraron a sus muertos en túmulos funerarios llamados *kurgans*, montículos que contienen en su interior espectaculares tumbas de hombres y mujeres quienes en vida fueron increíbles jinetes y guerreros. Es sorprendente lo importante que fue el rol de las mujeres en estos pueblos. Tanto así que, para muchos especialistas, ellas son la fuente del famoso mito de las amazonas. En dichas tumbas, finos objetos de oro, complejos textiles multicolores, armas y carruajes acompañan los cuerpos tatuados de los pobladores de Ucrania de entre el 600 a. C. y el 200 d. C. Tanto escitas como sármatas lucharon y comerciaron con los grandes comerciantes de aquel entonces: los griegos (Figura 1).

Junto a estos pueblos nómadas, los antiguos griegos fundaron varias polis en la costa ucraniana, incluida la tan mentada península de Crimea (Táurica, para los antiguos griegos), hoy bajo la soberanía de la Federación Rusa. Los griegos establecieron ciudades como Borístenes, Cercinitis, Cimérico, Citea, Kalos Limen, Labris, Mirmecio, Neápolis, Niconia, Ninfeo, Odinio, Ofiusa, Olbia, Panticapea, Teodosia, Tiras y Quersoneso; esta última es la mejor conservada hasta la fecha (Figura 2).

Es interesante mencionar que, para los antiguos helenos, la zona sur de Ucrania, incluida Crimea, era un área en la que ocurrían muchas importantes narraciones mitológicas, como los viajes de Jasón y los argonautas. En el plano económico, los griegos establecieron sus colonias en una tierra bendecida para el cultivo del trigo y la vid, así como para el intercambio comercial con pueblos de la zona euroasiática.

En una época posterior a los asentamientos de la Hélade, la zona fue unificada por el Reino del Bósforo, un estado cliente del Imperio Romano que desarrolló las ya existentes urbes aprovechando sus conexiones con la “ciudad eterna”, hasta la llegada de las invasiones bárbaras alrededor del 420 d. C.

Ya para el medioevo, la formación de poderosos principados liderados por una élite nórdica (vikinga) que comandaba a una masa de población eslava, dio paso a la cristianización de Ucrania y a la creación de impresionantes templos, como el de la Catedral de Santa Sofía de Kiev, un santuario que presenta una fuerte influencia del arte bizantino propio de las iglesias cristiano-ortodoxas. Esta etapa sería la semilla para la formación tanto del estado ucraniano como del estado ruso actuales (Figura 3).

Ucrania también tiene una fuerte influencia cultural venida del continente asiático, dado que el territorio fue constantemente invadido por pueblos como los mongoles y los tártaros, entre los siglos XIII y XV, y los turcos otomanos en el XVII.

Finalmente, con su incorporación al imperio de los zares, las ciudades ucranianas se llenaron de impresionantes edificios religiosos y administrativos desde el siglo XVIII. Ejemplo de ello son el Monasterio de las Cuevas en Kiev, el Palacio Potocki en Leópolis y el Palacio Palanok en Mukachevo. Hoy en día, todos estos tesoros

culturales y otros muchos más están en peligro de ser afectados por los combates y bombardeos, dado que, como la historia siempre lo ha demostrado, hasta los bienes culturales forman parte del campo de batalla o son expoliados tras el paso de uno u otro ejército (Figura 4). Pero, más allá de las pérdidas del patrimonio cultural material, esta guerra está provocando la migración forzosa de muchas comunidades descendientes de todos aquellos pueblos que en el pasado se establecieron en lo que hoy es Ucrania: griegos pónicos, tártaros de Crimea, judíos asiáticos, turcos, entre otros. Es decir, estamos ante la muerte de la cultura viva de un país.

¿Considera Ud. que el concepto “cultura” juega algún papel en la explicación de este conflicto?

El actual conflicto entre Rusia y Ucrania va más allá de los problemas existentes entre ambas naciones y las aspiraciones “imperiales” del Kremlin. El detonante de esta guerra ha existido no desde hace años o décadas, sino ya hace siglos.

La no aceptación por parte de las naciones de Europa Occidental de que Rusia participe de los



Figura 1. Peine de oro que muestra la lucha entre escitas y griegos, actualmente en el Hermitage de San Petersburgo. Fuente: www.alamy.com.



Figura 2. Ruinas grecorromanas de Quersoneso. Fuente: depositphotos.com.



Figura 3. Catedral de Santa Sofía de Kiev. Fuente: depositphotos.com.



Figura 4. Palacio Potocki en Leópolis. Fuente: depositphotos.com.

beneficios de un continente cada vez más integrado luego de la Guerra Fría y que Occidente siempre vea a Rusia como un país diferente, prácticamente no europeo, ha llevado a la dirigencia moscovita a lanzarse en una aventura militar la cual, a mediano o largo plazo, terminará ganando, pero a un costo económico, político y de prestigio que aleja a los rusos aún más de Europa.

Hay que remontarnos a los hechos ocurridos entre 1989 y 1991. Una disuelta URSS da lugar a una independiente pero debilitada Rusia, que no puede defender sus antiguas zonas de influencia. Asimismo, se ve avasallada por una OTAN que se extiende hasta sus propias fronteras, con la incorporación escalonada de naciones que antes formaron parte del imperio soviético o fueron miembros del llamado Pacto de Varsovia.

Occidente, pese a promesas y ofrecimientos hechos en mesas de diálogo, no cumplió con respetar lo que para Rusia eran sus espacios naturales de control y, pese a no existir el antagonismo ideológico propio de los años de la Guerra Fría, siguió amenazando

a Rusia como si aún estuviéramos en la crisis de los misiles de Cuba. En resumen, la rusofobia de los años cincuenta aún existe en la mente de los grandes líderes occidentales.

Es Occidente el que, asumiendo una supremacía de toda índole –política, económica, militar e inclusive cultural– ve en Rusia a una nación menor y dependiente que no intentaría jamás recuperar su estatus de potencia del pasado. Pero, pese a que es en la actualidad una autocracia prepotente (algo muy propio de su idiosincrasia), su gobierno tiene aún un apoyo popular mayoritario, construido en base a un fuerte nacionalismo, y busca recuperar su protagonismo en el mapa mundial.

El mundo occidental, el más beneficiado con la creación de un mundo globalizado, en donde no existen aparentemente fronteras de ningún tipo, creó un nuevo muro que discriminaba a su exenemigo, lo que fomentó esta respuesta violenta que, a la larga, no solo le costará cara a los involucrados directos, sino también a las naciones dependientes de la energía del este.



Figura 5. Edificio bombardeado del complejo deportivo SPORT LIFE en el centro comercial Retroville en Kiev. Fuente: Shutterstock.